

Costos emocionales de la migración en jóvenes hijos de padres migrantes: abordaje desde la comunicación

Juan Barrera Salinas*

Palabras clave:

migración, jóvenes, separación y vacío, comunicación e identidad.

Resumen

Este trabajo aborda uno de los efectos colaterales relacionados con la migración, poco identificados en los estudios conocidos sobre las dimensiones del fenómeno. De manera particular, este artículo se refiere a las implicaciones emocionales y sociales de la separación, valorando el vacío que se produce tanto en el hijo o la hija que queda como en el padre o la madre que se va, poniendo en perspectiva desde el ángulo comunicacional sus temores (des)esperanzas y expectativas. Las historias sobre las truculentas amenazas que rodean al migrante en su ruta hacia Estados Unidos constituyen el espejo donde los jóvenes empiezan a ver, tal vez de forma más intuitiva que racional, algo que está cambiando su forma de ser y de proyectarse en el grupo y la comunidad.

* Máster en Comunicación por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en 2012. Licenciado en Periodismo por la Universidad de El Salvador. Asesor de comunicaciones en el Ministerio de Agricultura y Ganadería de El Salvador. El presente artículo de basa en su tesis de Maestría titulada “Comunicación e identidad de jóvenes salvadoreños hijos de padres migrantes”.

Punto de partida: separación y vacío

Cuando el padre o la madre se va del hogar buscando mejores horizontes en Estados Unidos, se produce un vacío físico y emocional en el hijo o hija que se queda, debido a la sensación de desprotección que genera la partida, sobre todo porque no hay certeza de cuán seguro será el viaje o de cuánto se prolongará la ausencia, ya que la partida del emigrante y la expectativa de la familia que se queda son situaciones que ocurren sobre una base de inseguridad e incertidumbre desde el principio. Aparte de que siempre hay personas que animan y otras que reprueban “la aventura”, están las noticias recurrentes que circundan el evento, por ejemplo: “anualmente mueren 200 connacionales durante su paso por el territorio de México”, o “en el trayecto muchas mujeres son abusadas sexualmente”. Esas noticias aparecidas en El Diario de Hoy el 6 de febrero de 2012, y ese tipo de información constituyen una constante en la cobertura de los medios nacionales. Son noticias que generan representaciones de miedo y fragilidad en la emocionalidad de los jóvenes, que luego pueden traducirse en conductas diferentes o en actitudes “extrañas”, influidas por el conocimiento de riesgos adicionales, como las extorsiones y los secuestros que los migrantes sufren a manos de grupos delincuenciales que operan en las diferentes rutas.

Testimonios extraídos de entrevistas realizadas para este estudio dan cuenta sobre jóvenes que, luego de pasar por situaciones semejantes, muestran conductas diferentes, como retraimiento en la escuela, inhibición en fiestas, irritabilidad y otras, provocando en sus pares expresiones típicas como “qué raro anda aquel” o aquella. El informe del Viceministerio de Salvadoreños en el Exterior (feb. 2012), sobre violaciones a los derechos humanos de los migrantes, indica que actualmente las extorsiones son el principal problema de los migrantes (...), los grupos delincuenciales que operan en las rutas piden entre 500 y 5000 dólares a la familia para liberar a los viajeros.

Naturalmente, hay noticias atroces que superan ese dramatismo y que generan un miedo mayor, como las que informaron del tristemente famoso hecho en el que 72 personas fueron masacradas en Tamaulipas, México, en 2010, y sobre el caso del salvadoreño Juan José Aguilar, que en abril del mismo año sufrió una golpiza que le ocasionó daños físicos y psicológicos graves a manos de supuestos agentes de la policía municipal de Juchitán de Zaragoza, estado de Oaxaca, México.

Tanto la matanza como la brutal golpiza se han convertido en símbolos del peligro que corren al menos ciento cincuenta salvadoreños que emprenden cada día el viaje hacia Estados Unidos, según las estimaciones más conservadoras. En esta categoría, se inscribe también el naufragio de una lancha frente a las costas de Oaxaca en 2007, en el que murieron muchos salvadoreños.

Con toda razón, el ensayista mexicano Bruno H. Piché (2012) ha escrito: “En la historia de cualquier migrante, está cifrada una tragedia. Pocas, poquísimas entre cientos de miles de historias terminan mejor que otras, pero, en esencia, en todas se repite el mismo drama: pobreza, desolación, desigualdad y falta de oportunidades”. Y luego añade: “Sé que existen casos de espanto, pero jamás escuché que, en su difícil periplo, mis paisanos sufrieran las vejaciones y abusos inhumanos semejantes a los que padecen los migrantes centroamericanos a la hora de cruzar el infierno mexicano. Jamás”.

Son hechos que, ante los ojos de cualquier observador ajeno al fenómeno, podrían constituirse en una natural barrera para frenar el deseo de emigrar y, de hecho, en el caso salvadoreño funciona así, pero solo parcialmente, porque existe una buena cantidad de personas que lo asumen como un reto y, haciendo a un lado los riesgos de la fatalidad preconizada, se lanzan a engrosar las filas del éxodo. Anualmente, emigran de El Salvador hacia Estados Unidos unas 55 000

personas, aproximadamente 150 por día, el 87.4 % de los cuales es de sexo masculino y el resto es femenino, según el Viceministerio de Salvadoreños en el Exterior (abril 2012).

Los hijos que ven partir a sus padres bajo esa nebulosa de amenazas y fantasmas quedan en un mundo de nuevas percepciones que seguramente irán representándose en nuevas formas de ser, saber, sentir y hacer en su práctica social. Existen estudios realizados en El Salvador con jóvenes hijos de migrantes en Estados Unidos para evaluar el impacto emocional de la separación (Ábrego, 2005), encontrándose que la mayoría de entrevistados reconocen el dolor y tristeza que les produce la situación, pero se ha avanzado poco en relación al establecimiento de los efectos que tales sentimientos generan en la identidad de los jóvenes, cómo les moldea su actitud hacia el nuevo referente de control y autoridad, cómo cambia o no su manera de vestir o de pensar y cómo afectan las nuevas representaciones simbólicas en sus hábitos de socialización. Quizá ese vacío de estudio sea en parte causa de que la sociedad salvadoreña no tenga todavía conciencia completa sobre la profundidad de la influencia de los migrantes en los cambios culturales que se están manifestando. Es claro que migración o globalización no pueden ser sinónimo de identidad o cultura en ninguna parte del mundo, pero son fenómenos que introducen elementos hibridadores en la identidad y las prácticas sociales de grandes contingentes de población, como en el caso de El Salvador, generando cambios desde los cuales deberían ser (re) pensadas las identidades de cualquier nación.

En el marco de tales consideraciones, es lógico pensar que el impacto es mayor entre menor es la edad del joven que sufre la separación. Sin embargo, los estudios coinciden en que la migración afecta a niños, niñas y adolescentes por igual, en tanto que se rompe la estructura familiar y los hijos sufren graves consecuencias afectivas y psicológicas. El estudio del Concejo Nacional de la Niñez y la Adolescencia (CONNA, 2012), denominado

“Migración internacional, niñez y adolescencia en El Salvador”, establece que alrededor de dos millones de niños, niñas y adolescentes salvadoreños están siendo afectados por la migración de uno de sus padres o de ambos, provocando tal situación una influencia marcada en el crecimiento y la conducta expresada en formas variadas y complejas.

Iris Elizabeth tiene 17 años y estudia primer año de bachillerato, vive con su abuela materna y no conoce a su padre. Su madre se fue a Estados Unidos hace siete años y vive allí todavía “ilegal”, es decir, con estatus migratorio irregular; ella describe el vacío que sintió ante la partida de su progenitora como “un bajón que al principio da miedo” y, siete años después, todavía la invade el temor mezclado con incertidumbre cuando piensa en que no sabe cuándo volverá a verla en persona; afirma que “vivir con la abuela no ha sido malo, pero nunca será lo mismo, es difícil quedarse con otro familiar... en esos casos es bueno contar con amigos”. Tiene otros hermanos, pero no se relaciona con ellos porque son hijos de su madre con otro hombre, hostil; y, de todos modos, no sabe dónde viven.

Si en la etapa de la adolescencia y juventud temprana los amigos son muy importantes para el desarrollo de habilidades sociales, en estas circunstancias constituyen un círculo vital, sea que compartan la vivencia de tener al padre o madre en Estados Unidos, lo cual les une de forma mucho más estrecha, o que solo compartan la edad y la comunidad apoyándose en la solidaridad natural que dichas condiciones implican. No obstante, la mayoría de jóvenes entrevistados al respecto expresan claramente que no es nada fácil compartir esos sentimientos con otros, solo se puede hacer con quienes estén en un círculo muy cercano, para no correr el riesgo de incomprendiones o burlas hacia las emociones exteriorizadas.

En el caso de Iris Elizabeth, como en el de muchos otros jóvenes, en que a la ausencia de

la madre migrante hay que sumar las ansiedades del vacío que produce la ausencia del padre debida a otras causas, habría que considerar la variable de la paternidad irresponsable que constituye un fenómeno muy grande en El Salvador; el fenómeno del abandono paterno de la familia o de la evasión de la responsabilidad del hombre hacia los hijos es muy común en El Salvador, por lo que el 35 % de los hogares en el país está bajo jefatura femenina (EHPM, DIGESTYC, 2010), con el agravante de que muchos niños y niñas llegan a la edad adulta sin conocer a su progenitor, pero ese es otro tema de estudio relacionado con los bajos niveles de educación, el machismo y la pobreza.

Durante la celebración del Día del Padre en hogares, escuelas, iglesias o lugares públicos, Iris Elizabeth llora, con el agravante de que su madre no está para consolarla.

... es que, cuando uno oye esas canciones, como "Mi querido viejo"... , bueno, yo no sé si el que sería mi papá estará viejo o no tan viejo, pero yo siento algo aquí en el pecho y en la cabeza que me desespera...; cuando yo miro papás que llevan al hijo sobre la nuca o chineado, pienso que quizás, si yo hubiera tenido papá, mi mamá no se hubiera ido...; no lloro, solo me pongo triste y me quedo pensando... y más que ahora, desde que mi mamá se fue, también me toca el Día de la Madre, que lo celebran en la escuela; ella no está y todo eso...

Cuando es el padre quien se ha ido como resultado de la emigración, sea que el hijo o la hija se quede con la madre o con otra persona de la familia, los espacios de socialización de los jóvenes se ven más afectados debido a la marcada tendencia machista que impera en la sociedad salvadoreña, donde es muy fuerte el estigma del "hogar con madre soltera" y donde la ausencia de la figura paterna produce un grave sentido de orfandad que invade otras esferas del psiquismo identitario como la autoestima, la proyección social del individuo y la alegría de vivir en general. De

acuerdo a testimonios de las entrevistas, en los casos en que los jóvenes se quedan con particulares debido a circunstancias diversas, suele pasar que se desarrolle un resentimiento, y puede albergarse la sensación de abandono más fácilmente, sobre todo si la separación es prolongada y la comunicación no es muy consistente.

La separación con perspectivas inciertas que supone la migración, independientemente de si quien se va es la madre o el padre, o de si quien se queda es hijo o hija, genera en ambas partes un vacío profundo que transforma y moldea las prácticas individuales y sociales que los había identificado hasta el momento previo a la migración. Ese vacío puede ser llenado luego, o no, pero durante el proceso de cambio o adaptación pueden producirse representaciones simbólicas que entrarán en la vida de los jóvenes nutridas por las experiencias-ausencias del camino del padre o de la madre migrante, en un proceso de probable irreversibilidad.

Cuando es la madre quien se ha ido, los hijos o las hijas quedan viviendo en hogares cuidados por abuelas, tías u otra mujer, debido a la común ausencia del padre por motivos ya apuntados; si están padre y madre en el hogar del joven y uno de los dos tiene que emigrar, lo usual es que sea el hombre quien lo haga. La mayoría de jóvenes coinciden en decir que, si tienen que elegir, prefieren que sea el padre quien se vaya y que la madre asuma el rol de cuidadora, coincidiendo también, al examinar los casos, en que del padre y la madre migrantes, es ella la que se comunica primero y la que primero inicia el envío de remesas. Sin embargo, no se puede generalizar porque existen casos de hombres muy diligentes que se comunican de manera sistemática dentro de lo que cabe y se comportan con mucha responsabilidad.

Oliverio tiene 19 años, no estudia, trabaja eventualmente, vive con una tía paterna, recibe remesas de su padre que vive en Estados Unidos desde hace 13 años, todavía

“ilegal”; y, a pesar de su situación jurídica irregular, se comunica de forma periódica con el hijo, hasta estuvo dispuesto a aprender a usar Facebook para compartir mensajes y fotos de forma virtual y rápida, eso hace más llevadera la separación, la tristeza aparece de forma más espaciada y ambos van dándose cuenta de cómo van cambiando físicamente y, así, se reconocerán de inmediato cuando se reencuentren y los sentimientos serán más fuertes. Manifiesta que, cuando recibe carta con estampilla por correo “normal”, o que se la trae algún conocido, le gusta mucho, porque puede ver la letra de él, trae alguna foto y, casi siempre, algo de dinero.

La madre de Oliverio y su padre se separaron desde antes de que él se fuera a Estados Unidos, ahora ella vive en El Salvador con otro hombre; el hijo la ve de vez en cuando, no la visita tanto como al principio; no es que la madre lo reciba con indiferencia o que su nuevo esposo lo trate mal, pero no se siente bien en su casa, donde, a veces, cuando conversan entre ellos, se refieren a los migrantes como “mojados” y como gente que ha abandonado a su familia. Si no tuviera esa comunicación constante con su padre, según dice el propio muchacho, sentiría un vacío mucho más profundo.

Cuando mi papá se fue, ya iba separado de mi mamá, pero yo no sabía, él no quiso que me quedara con ella porque ya sabía lo del otro hombre... Yo me di cuenta cuando tenía 11 o 12 años que, cuando la visitaba, miraba algo raro... el otro esposo de ella no me trataba mal ni bien, pero ya no quise visitarla tan seguido... Mi papá nunca me ha dicho nada de eso, aunque ya estoy grande.

Otros jóvenes, como Claudia, de 22 años y estudiante universitaria, tiene a sus padres en Estados Unidos y su “único consuelo” es que ahora, con la tecnología, se pueden comunicar casi todos los días. Pero la consolaría mucho más si sus padres aceptaran regresar para quedarse a vivir en El Salvador, como ella se

lo pide. Sin embargo, le responden que ya no es posible, porque sus otros hijos que han nacido allá no querrían hacerlo y ellos mismos, siendo ya residentes, gozan de prestaciones que jamás tendrán en su país de origen.

Claudia es la hija mayor y tenía 6 años cuando sus padres se fueron hace dieciséis y, aunque la separación no ha sido tan prolongada, pues empezaron a visitarla cada año o cada dos desde que ella cumplió 10, ya que resolvieron relativamente rápido su estatus legal, el vacío no ha dejado de sentirlo jamás. Siempre ha vivido con una tía y muchos primos que le han dado mucho cariño, pero no deja de extrañar a su propia familia. Cuando cumplió 18, ella también empezó a visitar a sus padres, ellos le piden que se vaya a estudiar a Estados Unidos, pero —ella, no sabe por qué— quiere estudiar en El Salvador y quedarse a trabajar en su tierra.

El consuelo que tengo es que ellos pueden venir y yo los puedo visitar... Me da tristeza que no quieran o no puedan venirse a vivir aquí..., yo entiendo lo de mis otros hermanos, pero igual siento feo... De momento no me quiero ir a vivir allá, voy a sacar mi carrera aquí, para trabajar aquí, me gusta más la gente salvadoreña, no sé por qué... me siento mejor.

Lo cierto es que la separación y las circunstancias que esta genera despiertan, en los jóvenes, resortes que ellos mismos no conocían, tornándose a veces autosuficientes, psíquicamente más autocontrolados y socialmente más sensibles; pero, cuando en casa no queda un sostén emocional y material suficientemente fuerte, puede suceder lo contrario, cayendo los jóvenes en una vida disipada que muchas veces los lleva a desertar de la escuela y adquirir vicios. Esto puede pasar, especialmente, con jóvenes que no tenían buena relación con su padre o madre, lo cual, al partir, solo agrega un problema más o acelera procesos de marginalidad que tarde o temprano habrían aparecido aun con su presencia.

Según la Dirección General de Migración y Extranjería, de la Cancillería de El Salvador, 2 950 126 salvadoreños viven fuera de El Salvador; de ellos, 2 587 767 se estima que viven en Estados Unidos. Se calcula que hay más de 360 organizaciones de salvadoreños en el exterior, más del 80 % de las cuales están en Estados Unidos (IDH PNUD, 2005). La migración es un fenómeno tan generalizado en El Salvador que más de una dimensión de la identidad de muchos jóvenes se ve impactada, manifestándose los cambios a nivel material, social y cultural, campos en los que puede decirse que operan de manera positiva al mejorar su poder adquisitivo, su posición económica y su acervo de conocimientos; pero en la dimensión emocional, el cambio no podría catalogarse de muy positivo si se considera que, en la mayoría de casos observados, los jóvenes resienten el vacío de la separación, y los que mejor sobrellevan la situación son los que mantienen una comunicación periódica y de calidad con su ser querido emigrado.

De todos modos, bajo cualquier circunstancia, las consecuencias que la migración de los padres produce en los hijos arrancan siempre desde el primer momento, cuando se genera ese desconcierto que los marca; luego experimentan la curiosidad y la expectativa, yendo y viniendo de la incertidumbre a la esperanza, albergando siempre el deseo intenso de que su ser querido que se marchó se comunique pronto; a veces, rezan para que no le pase nada trágico en ese camino de más de 2500 kilómetros existente entre El Salvador y la frontera de México-Estados Unidos. Y cuando esa comunicación ocurre, tarde o temprano, otras imágenes aparecen en el horizonte que pueden compensar el paisaje árido inicial, es el momento en que los jóvenes comienzan a pensar en que quizá la idea de emigrar del padre no fue tan mala y que, ojalá, cuando esté al teléfono o ante una cámara de Internet, lo oigan y vean tranquilo, exitoso, tal como lo desean, tal como lo necesitan.

A menudo se encuentra, en algunas personas no familiarizadas con la migración

y sus vicisitudes, la idea de que las remesas y los regalos enviados por los padres hacen que los hijos no resientan tanto la separación. Sin embargo, los jóvenes afirman que eso puede ser cierto solo al principio, cuando la novedad de la situación todavía persiste y el nexo afectivo sigue fresco a pesar del tiempo y la distancia; pero, pasado un tiempo, otro tipo de comunicación va cobrando mayor relevancia.

Por supuesto que las remesas económicas y los regalos siguen siendo importantes, mas para el fortalecimiento del lazo emocional empiezan a jugar roles más importantes las llamadas telefónicas directas, el envío de fotografías y cartas manuscritas, el relato de anécdotas, las referencias, durante las conversaciones, a situaciones agradables que vivieron en el pasado juntos y otras de este tipo, que permiten ir construyendo narraciones comunes, a pesar de las transformaciones que se han producido en sus respectivos entornos como resultado de la migración.

Cuando aflora esta calidad en el contacto, por lo general, es resultado de la fluidez y la versatilidad en la comunicación, cuyas variadas formas y diversidad de medios utilizados van generando una dinámica que permite el fortalecimiento del afecto, el respeto y otros valores; bajo estas circunstancias, inclusive, puede bajar el monto de la remesa enviada y el receptor reacciona comprensivamente, pues, a través del intercambio informacional sostenido, sabe que su familiar tiene necesidades allá y que los gastos son de interés mutuo. Así, la comunicación se convierte en plataforma de la remesa y la hibridez desde el punto de vista identitario, pero, también, en sostén emocional desde el punto de vista humano.

Autoestima, estigma e hijo de mojado

Hay sentimientos que no aparecen en el primer momento de la separación y que van tomando cuerpo a medida que las nuevas circunstancias van confrontándose con el entorno. A pesar de la severa ruptura

de la rutina que se produce, motivo por el cual mucho de su cotidianeidad cambia, los jóvenes siguen adelante con su vida haciendo gala de su capacidad y fuerza infinitas para adaptarse a eventos inesperados o inéditos; sin embargo, se dan cuenta de que han entrado en otra dinámica familiar e individual, y van socializando a partir de que les falta algo, manifestando los signos de una nueva situación bajo la apariencia de continuar con las actividades de siempre. Los amigos en el grupo, los maestros en el aula, los familiares en el hogar van encontrando cada día en los jóvenes otras categorías en su identidad y prácticas, aunque no las logren definir, pero es inevitable reparar en que algo extraño o diferente se manifiesta en su conducta.

Ello suele ser agravado por la situación de que los jóvenes han sido testigos de los esfuerzos extraordinarios realizados por su familia para financiar el viaje del padre migrante, han vendido bienes, realizado préstamos o contraído alguna otra forma de endeudamiento, y el solo hecho de que tenga que irse como única forma de salir adelante reafirma la condición de pobreza, lo cual, sumado a la realidad de que el afecto filial resulta sacrificado, aumenta en los jóvenes la percepción de vulnerabilidad. Es muy común que, en los días subsiguientes a la partida del padre o de la madre, los jóvenes sigan escuchando en boca de otros familiares alusiones a la situación de deuda que se contrajo, a las carencias que se sienten por los objetos o bienes que hubo que vender, o a la urgencia que esa situación plantea de que el viajero empiece a compensar. En algunos casos, la cantaleta¹ de “ojalá que haya valido la pena” los jóvenes la deben escuchar de sus cuidadores hasta que las remesas empiezan a llegar, cuando las necesidades se empiezan a paliar y los ánimos van calmándose.

Algunos jóvenes llegan a sentirse casi como portadores de alguna enfermedad, cargando siempre con el peso de la preocupación por lo

que le pueda pasar a su familiar en el camino, y con la ansiedad de no saber cuándo recibirán la primera llamada telefónica, el primer mensaje en Facebook o por correo electrónico, o la primera carta de esas que traen estampillas. La migración internacional transforma a la familia en diferentes aspectos y a diferentes niveles, pero principalmente a los jóvenes no solo porque cambian sus líneas de autoridad y control, sino también porque cambia la dinámica de su forma de interactuar en el tejido social de la comunidad, debiendo aceptar que el resto de población empiece a verlos como potenciales migrantes, como sujetos receptores de componentes de otras costumbres y como personas que seguramente van a empezar a comportarse de diferente manera.

En los diversos espacios de la vida colectiva, puede ser incómodo para los jóvenes responder la pregunta común y corriente de “¿Y tu padre (o tu madre) qué hace, dónde está?”, a sabiendas de que cualquier respuesta que ofrezcan será igualmente vaga, incompleta y embarazosa, sin que haya manera de evitar el riesgo de ser estigmatizados como “hijos de mojado”, engrosando las filas de aquellos hijos que “quizá fueron abandonados”, que “tal vez no vuelvan a saber de su familiar” o que a lo mejor “estarán engañados mucho tiempo esperando noticias o remesas”. Las expresiones entrecomilladas en el párrafo son parte de las más comunes que los jóvenes escuchan; a veces las personas se las dicen en serio, pero hay ocasiones en que lo hacen con ironía; la verdad es que les molesta igual.

En estas situaciones, siendo una primera y determinante fase del proceso de separación, al enfrentar tales preguntas, se debaten entre sentimientos encontrados, que van desde el impulso de decir “qué te importa” hasta la autoconmiseración de decir “tierra, trágame”. Bajo esas circunstancias, los jóvenes tienen más motivos para desear vehementemente que sus padres coronen el viaje con éxito, y que se comuniquen lo más pronto posible,

1. Palabra utilizada por los jóvenes para referirse a expresiones que escuchan reiteradamente.

tanto para saber que su ser querido está bien como para acallar esas voces que les han etiquetado. A pesar de ello, lo que más les interesa a los hijos es que sus padres consigan un trabajo pronto y que estén bien de salud.

Tales condiciones van generando una nueva forma de ser de los jóvenes y tiene impacto directo en su autoestima, debido a que pasan de ser hijos de “pobre”, “campesino” o “desempleado”, lo cual ya es suficiente estigmatizante, a hijos de “mojado”, expresión que tiene connotación peyorativa en el sentido de que el que se fue es un fracasado que “no la pudo hacer aquí”. Se podría suponer que, si el migrante llega con éxito y empieza a enviar remesas, redundará en prestigio social para la familia; pero, a partir de lo expresado por los jóvenes, se puede deducir que no siempre es así, pues a pesar de que pueden lucir prendas u objetos recibidos, no pueden asegurar que su familiar esté bien en el sentido de gozar de legalidad y libertad en el país de destino, y tanto sus pares como los adultos en los diversos espacios donde socializan empiezan a verlos como portadores de beneficios generados por alguien sacrificado, que vive y trabaja en condiciones impredecibles, en permanente riesgo y sin perspectivas claras sobre su existencia.

De esa manera, la identidad de los jóvenes puede ser permeada por la vulnerabilidad de la autoestima, pudiendo agregarse uno u otro tipo de tensión a la conducta (Goffman, 2001). Y sin llegar a la afirmación de que los jóvenes van a comportarse como estigmatizados bajo la connotación de anormales, sí se puede decir que a menudo actúan a la defensiva cuando son interrogados sobre las circunstancias en que viven o trabajan sus padres. A ello se suma la certeza que tienen los jóvenes sobre que, durante los primeros meses, sus padres migrantes tendrán que aceptar salarios bajos y trabajos duros en condiciones discriminatorias debido a su “falta de papeles”; es una realidad comprobada en muchos estudios que “la vulnerabilidad principal de los migrantes se debe a su condición de indocumentados”

(Castells, 2001:172), a sabiendas de que en su país de origen el hecho de portar su tarjeta de identidad, a pesar del vacío de oportunidades y derechos, le asegura pertenencia y autoconfianza.

Castells (1997) revela que los migrantes que llegan a Estados Unidos, además de las tareas agrícolas que son las más comunes, ocupan trabajos humildes de baja calificación, como actividades de limpieza en hogares y empresas de alimentación, así como servicios informales de construcción, mantenimiento y reparación, y que la población latina es preferida por los empleadores sobre la población negra, lo cual no es ninguna ventaja; agrega que tanto racismo como segregación urbana existe en todas las sociedades, pero sus perfiles no son tan marcados ni sus consecuencias tan violentas como las que se dan en las ciudades estadounidenses. Son informaciones o juicios que tanto los jóvenes como la población en general han escuchado en El Salvador, , en unos, la percepción de que a los migrantes es difícil que les vaya bien y, en otros, el deseo de que su familiar tenga mucha suerte.

Las experiencias relatadas por los jóvenes indican que, cuando se tiene la paciencia de esperar el tiempo prudencial, puede llegar la buena fortuna, pues hay casos exitosos en los que el padre realiza el viaje con solvencia y se comunica pronto dando buenas noticias; son casos en que los jóvenes recuperan autoestima y el estigma se debilita, cuando responden con orgullo diciendo dónde está, qué hace y qué le ha enviado su familiar, lucen con denuedo alguna prenda o presumen de algún aparato nuevo; se les puede ver con una actitud de mejor socialización, aunque ello no signifique que antes fueron problemáticos.

Los jóvenes creen que, si la esperanza no es fuerte, es difícil que se mantenga hasta el final, porque el padre que se va lo hace de forma ilegal y, mientras dure el viaje, ambas partes saben que toda comunicación será marginal, y que todo intento durante el camino será arriesgado; la expectativa mayor

es que cruce la frontera a salvo, que se establezca de algún modo y que se pueda comunicar, para saber que está bien y que existen posibilidades de que el sueño que lo llevó allá se cumpla, porque se sabe que, mientras la situación de ilegalidad persista, no habrá retorno, al menos voluntario.

Cuando los jóvenes salen airoso de este proceso de separación-estigma, es decir, cuando por fin se comunican y comprueban que no han sido abandonados, que siguen siendo importantes para sus padres allá donde estén, reciben doble gratificación; por un lado, sienten que derrotan a todos aquellos que les vaticinaron mal y, por otro, perciben que ahora, comunicados, la separación con su ser querido será menos pesada. Siguen adelante con mayores opciones y mejores pronósticos. Buena parte de la preocupación de ambas partes, en esta primera etapa de la separación, es que el padre migrante no sea deportado de primas a primeras, más bien, el deseo ferviente es que sobreviva, que consiga trabajo y que obtenga “sus papeles”. Noticias como “Arizona devuelve a casa en avión a 80 salvadoreños”² inquieta mucho a los jóvenes porque, cuando leen, se dan cuenta de que las personas deportadas vienen junto a quienes cometieron delitos con violencia y que, por ello, los traen con grilletes.

Las noticias sobre deportados asusta a los jóvenes, porque ven reflejado el rostro de su familiar en cada uno trayendo consigo el fin del “sueño” y también porque en El Salvador la palabra “deportado” es casi sinónimo de criminal, aunque como se sabe “la gran mayoría regresa al país por su situación de irregularidad migratoria y el porcentaje que ha cometido delitos es muy bajo” (PNUD, 2012).

Yo no leo siempre esas noticias pero a veces, sí... allí decía que aunque los traen en avión unos vienen esposados y otros con cadenas en los pies; me imagino yo que a mi papá lo van a traer así...; si él es bien tranquilo, él

no robaría ni nada, pero la gente a veces me dice así: “Así van a traer a tu tata, bien enchuchado. Yo, mejor, no digo nada, pero da cólera. (Mauricio, 19 años).

En las mismas noticias, los jóvenes se enteran de que en Estados Unidos hay leyes llamadas de “ciudadanía e inmigración” que facultan a los cuerpos policiales para que busquen inmigrantes indocumentados y los interroguen sobre su estatus migratorio en las cárceles, bajo la modalidad de “captura primero y pregunta después”, donde se observa con claridad el *delito de portación de cara* identificado por Rossana Reguillo. Las personas pueden ser deportadas por sus rasgos faciales o étnicos. Así, dichos rasgos se convierten en un delito” (Marroquín, 2005:467); con base en ello, los jóvenes intuyen que su familiar migrante puede ser tratado como delincuente sin serlo, generando ansiedades adicionales, ya que no entienden los motivos y, además, saben que poco o nada pueden hacer para cambiar esa situación desde la distancia.

Diariamente llegan vuelos federales procedentes de Estados Unidos al aeropuerto internacional de Comalapa, con un promedio de entre 80 y 120 salvadoreños deportados, devueltos a El Salvador luego de permanecer cuarenta días reclusos en cárceles de migración y aduanas, detenidos por cometer algún tipo de delito o simplemente por no contar con los documentos que demuestren su estancia legal en ese país (Programa Bienvenido a Casa, Dirección General de Migración y Extranjería, Cancillería de El Salvador, junio 2012).

Los jóvenes deben cargar de forma indirecta y, en ocasiones, directamente con las consecuencias de las diversas percepciones, a veces equivocadas o superficiales, que las personas tienen sobre los padres migrantes, llegando al colmo de nombrarlos en ocasiones como fomentadores de la desintegración

2. El Diario de Hoy, 27/06/2012, p. 25.

familiar y, por lo mismo, de abrir puertas a la delincuencia juvenil (UTECE-PNUD, 2005).

Es cierto que hay muchas personas, sectores sociales e instituciones que ven con admiración el esfuerzo que emprenden los migrantes, valorando el sacrificio emocional que implica tener que dejar a los hijos, y los ayudan en su lugar de origen, en sitios de tránsito e inclusive en el país de destino; pero la mayoría de la población se refiere a los migrantes como una amenaza, debido a que —según declaran los jóvenes basados en lo que escuchan en sus entornos locales— la gente piensa que, cuando los migrantes regresan deportados, traen otras costumbres que no son buenas, que algunos hasta han aprendido a delinquir y vienen a dar malos ejemplos, traen otra identidad en perjuicio de la cultura y los valores salvadoreños. Pero los jóvenes afirman que, de los casos que conocen, inclusive algunos familiares que fueron deportados, ninguno ha venido con costumbres negativas, mucho menos criminales; sin embargo, algunos deportados, para evadir el prejuicio de la gente y para evitar el hecho de dar explicaciones indeseadas se van a vivir a otra parte, algunos encuentran trabajo aunque sea eventual, otros intentan reunir dinero para emigrar de nuevo.

Después de que se fue mi mamá, se fue un tío, se fue como a los tres meses de haberse ido ella, pero a él lo regresaron; sí llegó, no donde mi mamá, sino que a otro lugar, se tardó 27 días en llegar, estuvo 4 meses, no logró trabajar, quizá se descuidó y lo regresaron; pero vino normal, ni palabras en inglés decía; eso sí, vino sin pisto y sin ganas de volver a irse. Dijo que allá no es para todos, que él se quedaba aquí aunque aguantara hambre. (Mario José, 21 años)

A pesar de que muchos migrantes que regresan, inclusive algunos de aquellos que son deportados, logran romper el esquema

de la gente local demostrándoles que son de confianza con respeto a las normas y con proactividad a favor de la comunidad, persiste el patrón de ver con recelo a aquel que viene “del norte”. Entre más joven más sospechoso, debido a que se considera que los jóvenes migrantes que regresan al país, de una u otra forma son los responsables de traer la “cultura de las maras”, sinónimo de asociación ilícita y crimen.

Ciertamente no todos los migrantes son vistos como portadores de lo peor de la cultura de Estados Unidos o de sus costumbres y valores en detrimento de la “identidad salvadoreña”. “Quienes se fueron en la posguerra llegaron a comunidades de compatriotas donde han preservado la vida que llevaban en El Salvador, incluyendo sus patrones de conducta, valores, comida y música” (PNUD, Huerdo Mixco, 2007), sin dejar de considerar su preocupación por buscar trabajo cuando no lo tienen, más lo absorbente y agotador que es cuando lo consiguen, debiendo cumplir agotadores turnos que les impiden interactuar en el nuevo entorno, por lo que pueden conservar “más o menos intacta” su identidad salvadoreña. La expresión “más o menos” intenta relativizar el concepto de “intacta”, ya que si bien estos migrantes conservan rituales y hábitos de vida, no puede dejarse de lado el hecho de que ya están inmersos en otro contexto socioeconómico y cultural, por tanto, de una u otra forma, ya están siendo sujetos de transculturación e hibridez.

Pero mucha gente, de acuerdo a lo declarado por jóvenes entrevistados, piensa que muchachos salvadoreños que llegaron y que llegan de manera irregular a Estados Unidos por otros motivos que no responsabilidades económicas en su país de origen, tienen tiempo para empaparse de los “liberalismos”³ que existen allá, cambiando su forma de ser y actuar, que en algunos casos puede incluir uso de drogas y prácticas delictivas.

3. Expresión que utilizan algunas personas en El Salvador para referirse a libertinaje o excesos.

De tal suerte, los jóvenes hijos de migrantes en El Salvador deben lidiar contra un doble prejuicio: por un lado, la gente puede verlos como posibles migrantes y futuros deportados que vendrán a desestabilizar la vida local, y por otro, como depositarios de costumbres extrañas y de valores ajenos a la “propia identidad”, dada la comunicación con su familiar en Estados Unidos y dadas las remesas que recibe, aumentando el impacto sobre su autoestima al sentirse etiquetado, observado, y en casos extremos hasta cuestionado, fortaleciendo el estigma de “hijo de mojado, posible deportado”, como si de la alusión a un delincuente se tratara.

En la mayoría de los casos, de manera inexplicable, los jóvenes sienten cierta desconfianza hacia el entorno, que a pesar de ser el mismo y por lo tanto conocido, de pronto, les da la idea de ser distinto, ante el cual se debe mostrar reserva o prudencia, como si las circunstancias ilegales en las que el padre se marchó les alcanzara por añadidura y, algunos, abrigan por ello, la sensación de que en cualquier momento puede pasarles algo que no saben precisar, pero que les inquieta de todas formas, sobre todo, porque al principio de la separación existe entre ambas partes una especie de renuncia tácita a la comunicación, al menos en lo inmediato, tanto por motivos económicos como por seguridad.

Los jóvenes están expuestos a diario a noticias que dan cuenta sobre malas experiencias de migrantes, haciéndoseles inevitable el hecho de pensar que la víctima puede ser su familiar en cualquier momento. Pareciera que la vulnerabilidad en el país de origen y el riesgo del viaje de los que se van, incluyendo las circunstancias inciertas de los lugares de tránsito y de destino, se confabularan para transferir de diversas maneras las amenazas a los que se quedan.

Referencias bibliográficas

- Benítez, J. L. (2011). *La comunicación transnacional de las e-familias migrantes*. San Salvador: PNUD/UCA.
- Castells, M. (2004). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. México: Siglo XXI.
- Goffman, E. (2001). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.
- Huezo Mixco, M. (2007). *Migraciones, cultura y ciudadanía en El Salvador*. San Salvador: Cuadernos sobre desarrollo humano, PNUD.
- IDH PNUD (2005). *Informe sobre desarrollo humano. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*. San Salvador: PNUD.
- IUDOP-UCA (2008). *Dónde y cómo vive la juventud salvadoreña. Un país de crisis en crisis*. El Salvador: UCA Editores.
- Marroquín, A. (2005). “Tres veces mojado. Migración internacional, cultura e identidad en El Salvador”. San Salvador: Revista ECA 679-680, p. 465-474.
- Piché, B. H. (2012). “Huesos (piernas y muñones) en el desierto”. Revista Digital *Frontera D*, 16-07-2012.
- Ramos, C. G. (2011). *Identidades, prácticas y expectativas juveniles al inicio del siglo XXI*. El Salvador: FLACSO.
- Reguillo Cruz, R. (2000). *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. México: Ed. Norma.